

## EMIGRACION, PARO, DESARROLLO

**S**i algún fenómeno ha caracterizado la demografía española de los últimos años, éste ha sido el fenómeno migratorio, fundamentalmente el referido a las migraciones interiores: la provincia de Madrid, en el decenio 1961-70, ha tenido por esta vía un saldo positivo de 687.000 personas, y Barcelona, 651.000. De otro lado, Badajoz, por ejemplo, ha perdido 234.000 habitantes, y Soria, por su parte, ha visto desaparecer un tercio de su población masculina.

Sin embargo, si se miran las cosas con algo más de perspectiva, por ejemplo desde 1900, y se toma el conjunto del país, la emigración exterior —con ser un fenómeno significativo desde tantos puntos de vista— no tiene la importancia cuantitativa de otros factores, de acción más lenta y resultados aparentemente insignificantes, pero cuya erosión se deja ver a largo plazo: la fecundidad y la mortalidad.

Tanto una como otra han tendido a decrecer claramente en lo que llevamos del siglo XX. Si la fecundidad se hubiese mantenido al nivel de 1901-1905, seríamos ahora unos diez millones más de españoles, pero si la mortalidad no hubiese variado, habría unos quince millones menos. El casi millón y medio de pérdida del saldo emigratorio exterior español entre 1900 y 1970 toma, vistas así las cosas, una dimensión comparativamente bien pequeña.

### Los de entonces ya no somos los mismos

El uso de los diversos métodos anticonceptivos, las sulfamidas y antibióticos, el mayor cuidado de los niños, unidos a ese proceso migratorio que en los veinte últimos años ha provocado más de un millón trescientas mil salidas netas del país, nos han llevado a ser unos 34 millones en 1970, lo cual representa tres millones y medio más de lo que hubiese alcanzado la población española sin migraciones, con la fecundidad y la mortalidad fijas, a partir de los dieciocho millones y medio de habitantes de 1900. Pero esa diferencia de menos de cuatro millones es nada comparada con las profundas diferencias cualitativas que se detectan desde los niveles más primarios del análisis.

En 1900, de cada 1.000 españoles 52 habían cumplido los sesenta y cinco años; en 1970, es decir, una población relativamente vieja, eran ya 96. El índice de envejecimiento ha crecido, pues, en un 87 por 100, y ello debido fundamentalmente a la caída en la fecundidad (los cambios en la mortalidad y las migraciones apenas han influido a nivel nacional; sin embargo, tan violento ha sido el éxodo en los últimos

años, que Alava, Barcelona, Guipúzcoa, Madrid y Vizcaya se encuentran hoy entre las provincias más jóvenes).

«En la limitación voluntaria de nacimientos se imponen las conveniencias individuales a los intereses de la sociedad, se debilita y se empuja a la Patria», decía en 1945 un conocido demógrafo español, pero la verdad es que la política natalista no ha pasado aquí de este tipo de declaraciones verbales, y lo previsible es una continuación en la caída de la fecundidad, pese a que el, relativamente creciente, proceso de rejuvenecimiento en la nupcialidad hizo creer a muchos en el espejismo de unas tasas de fecundidad crecientes en la primera parte de la década de los sesenta. En realidad se trataba de un cambio en los métodos anticonceptivos. Los nuevos métodos antinatalistas —junto con otros condicionamientos económicos— permiten la celebración de matrimonios tempranos.

este país. La tasa de mortalidad infantil exógena (mortalidad debida al medio social) ha caído del 5,9 por 100 en 1948 al 1,7 en 1967, y hay que tener en cuenta que en 1960 dicha tasa era todavía del 2,9 por 100. Pero estos espectaculares avances contra la mortalidad chocarán en breve con graves escollos, pues si bien es fácil conseguir éxitos frente a la muerte cuando se tiene enfrente una población relativamente joven, batida principalmente por enfermedades de tipo exógeno, es cosa muy distinta el enfrentarse con una población galopantemente más vieja, donde, además, los grandes asaltos contra la mortalidad exógena ya se han dado. Para ello se necesitará una verdadera Seguridad Social, no lo que ahora recibe ese nombre. Una racional organización de la Medicina no parece cosa para pasado mañana.

# LA POBLACION

Al acumularse, en el principio del proceso de cambio, una cantidad inusual de matrimonios, se creyó en el crecimiento de las tasas de fecundidad general a corto plazo, haciendo caer en la trampa de las cifras a los no avisados.

De seguir, como es de esperar, cayendo la fecundidad a largo plazo, el índice de envejecimiento pasará a ser del 107 por 1.000 en 1980, lo cual supondrá unos cuatro millones de jubilados (?). En la actualidad, la jubilación «de verdad» prácticamente se desconoce por estas latitudes, donde nuestros viejos se ven obligados a seguir al pie del cañón hasta el límite de sus fuerzas, sujetos a una superexplotación precisamente por su condición de trabajadores clandestinos.

Alguien ha dicho, con toda la razón del mundo, que el éxito de un sistema económico se mide, sobre todo, por el modo de vida que es capaz de proporcionar a los niños y a los viejos. Esa calidad de la vida tiene mucho que ver con el sistema de Seguridad Social, con la enseñanza y con el urbanismo. Tres perlas no demasiado cultivadas por estos lares.

### La mortalidad. Nuevos problemas

La salud física de los niños ha pegado un salto espectacular en

### La actividad. Un paisaje poco soleado

En este país, casi todos los hombres en edad de trabajar son activos; sin embargo, la actividad es característica relativamente rara entre las mujeres. Verdad es que la situación lentamente se va equilibrando en el sentido de que las tasas de actividad crecen, a casi todas las edades, en las mujeres, mientras permanecen prácticamente estacionarias en los hombres. Pero sería un grave error pensar que el crecimiento económico de los últimos años ha «ni siquiera» iniciado la «desamortización» femenina en el pelagudo aspecto del trabajo.

De un lado está la innegable discriminación salarial a la que se ven sometidas las mujeres: en general, la mujer, con un grado de cualificación profesional dado, gana menos que el hombre con su misma cualificación, pero no acaba ahí la cosa: si tomamos las tasas de actividad del grupo catorce-veinticuatro años de edad en varones y mujeres para las provincias españolas, encontramos una correlación negativa entre estas tasas y la renta por habitante en los varones y positiva en las mujeres, o dicho de otra forma, cuanto más desarrollo hay, más trabajan las mozas y menos los mozos. La explicación de

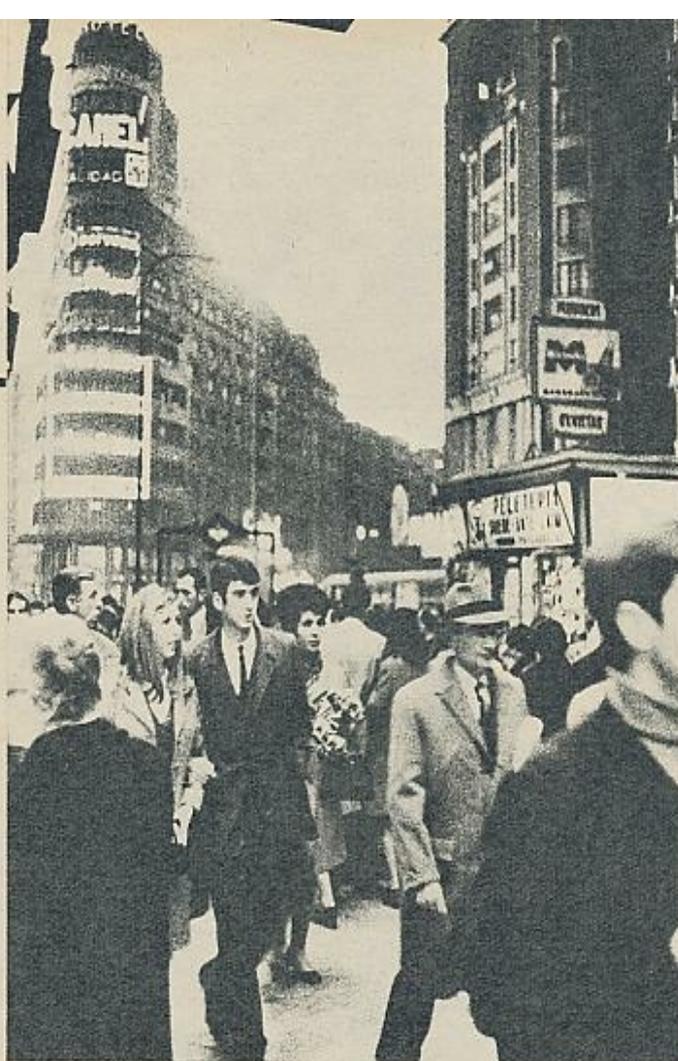
tan diverso comportamiento puede ser la siguiente: cuanto más renta, más ocasión tienen las familias de poner a trabajar a sus hijas y de poner a estudiar a los hijos. El aumento de la actividad femenina puede esconder, y esconde muchas veces, una clara y sostenida discriminación. Ello queda bastante reafirmado por las cifras de población activa agrícola. Veamos: el trabajo agrícola es algo especialmente incómodo y poco rentable, la prueba de ello es el éxodo rural; pues bien, en 1940 había 262.000 mujeres activas en la agricultura, en 1950 eran ya 423.000; en 1960, 662.000, y en el 70 (a falta de los datos censales) se estiman en 800.000. La proporción de mujeres agrícolas sobre el total de activas no ha dejado de crecer. Se calcula que entre 1940 y 1950 abandonaron la agricultura 100.000 varones activos, mientras que durante el mismo período el sector agrario absorbía treinta mil mujeres activas, más de las que le hubiesen correspondido si las tasas de entrada femenina en el sector hubiesen sido las del

total de la economía. En el decenio siguiente (1951-60) abandonaron la agricultura 1.100.000 varones activos, mientras que este sector absorbía —por así decirlo— 40.000 mujeres de más. Nada hace pensar que en el período 1961-70 el proceso haya cambiado de sentido.

Existe un interés evidente del sistema en utilizar la fuerza de trabajo femenina como pacífico ejército de reserva. De hecho, el matrimonio juega, en este sentido, un claro papel ideológico al servir como freno de la promoción en la actividad de la mujer. Y no es precisamente el necesario cuidado de los hijos el impedimento mayor; de hecho, a nivel provincial, es nula la correlación entre el trabajo femenino y la fecundidad general. Como se ha expuesto en el caso de la agricultura, cuando es necesario se reclama la presencia de la mujer en el trabajo, por duro que éste sea.

### El fantasma del paro

Es evidente que hay dos clases de parados; de un lado existe un paro compuesto por los que han perdido un empleo y están a la expectativa de otro, y por aquellos que no teniéndolo lo están buscando por primera vez. De otro lado existe un número verdaderamente importante de personas, en su mayoría mujeres, que están en con-



# ESPAÑOLA

diciones de trabajar y que no entran en el mercado de trabajo o bien porque consideran, «a priori», que les sería imposible encontrar empleo, o bien porque hay impedimentos de tipo ideológico (por parte de los propios oferentes y frecuentemente por parte de los contratantes), o porque existen inconvenientes adicionales (mala organización de la enseñanza, ausencia de guarderías para los hijos pequeños, etcétera) que les imposibilitan ofrecer, en condiciones normales, su fuerza de trabajo en el mercado. Este último grupo es, bajo una coyuntura no demasiado baja, mucho más numeroso que el primero. Normalmente, cuando se habla de paro se hace alusión al primero de los grupos expuestos; los parados son, pues, en este sentido, personas con imperiosa necesidad de trabajar, y de ahí que los Gobiernos consideren peligroso para el sistema que este tipo de paro se mantenga demasiado tiempo por encima de ciertas cotas. Un paro poco importante o nulo no significa, por lo dicho, que el sistema utilice la plena capacidad productiva de la población. España puede tener un porcentaje muy bajo de paro sobre la población activa, y, sin embargo, ser también muy baja la utilización del potencial productivo de la población. De hecho, se desconoce prácticamente el número real de parados que hay en el

país; lo que sí se sabe es que la emigración exterior ha servido de válvulas de seguridad del sistema frente al paro. Por otro lado, la emigración exterior tiene todas las ventajas (disminución del paro, remesas...) y casi ningún inconveniente (¿politización?) para el sistema. La imagen que se tiene de un país con mucha emigración no es, sin embargo, excesivamente buena, y aunque, desde el punto de vista del sistema, la solución sea ideal, el hecho de la emigración es cosa no demasiado presentable y que, al menos en las declaraciones verbales, aparece como algo «que tiene que desaparecer».

De lo últimamente dicho se desprende una conclusión. En España no tiene sentido hablar de niveles de paro (todo lo más, si los datos fuesen fiables, podrían servir como indica de coyuntura), pues existen dos colchones de contención: la emigración y la potencial población activa.

## Algunas previsiones del mercado de fuerza de trabajo

La entrada en el mercado de la fuerza de trabajo potencial —fundamentalmente femenina— depen-

de, como se ha dicho, de ciertas condiciones institucionales e ideológicas de lenta variación. Es obvio que una lenta pero indudable promoción cultural está haciendo saltar muchos tabúes respecto al trabajo femenino, o dicho con un ejemplo extremo, una mujer arquitecto tendrá tendencia a considerar como mucho más imprescindible trabajar en su profesión que si tuviera «cultura general» —nombre que, como es sabido, recibía la deformación ideológica para «niñas bien» no hace tanto tiempo—.

Sin embargo, y pese a estas innegables tendencias, vamos a suponer que las tasas de entrada y de salida de actividad son, durante el quinquenio 1971-75, para cada sexo las mismas que las observadas en el quinquenio anterior 1966-70. Si esta hipótesis se cumpliera en el quinquenio iniciado el 1 de enero de 1971, entrarían en actividad algo más de dos millones de españoles (2.190.000). Dado que en el mismo período, y siempre bajo la hipótesis dicha, saldrán de actividad 128.000, se crea una necesidad de nuevos puestos del orden de 910.000. El III Plan, en su previsión de demanda, supone que el sistema podrá absorber durante el cuatrienio 1972-75 quinientos veintinueve mil nuevos activos en términos netos, de donde resulta un crecimiento anual acumulativo del 1 por 100 en la población activa. A ese ritmo de crecimiento habrán entrado en actividad durante 1971, siempre en términos netos, unas 128.000 personas; éstas, unidas a las previstas para el cuatrienio del Plan, suman la cantidad de 649.000 nuevos puestos de trabajo para el quinquenio 1971-75 previstos desde el lado de la demanda. La diferencia entre este valor y el previsto en nuestros cálculos de oferta alcanza la cifra de 264.000 activos «sobrantes».

De lo expuesto hasta aquí parecen deducirse dos alternativas: o crece el paro o continúa acrecentándose la emigración; de las dos posibilidades, es obvio que la segunda puede resultar una salida mucho menos mala para el sistema.

Así, pues, si el equilibrio en el mercado de fuerza de trabajo se busca vía emigración, el número neto de emigrantes al exterior no bajará demasiado de 400.000 en el quinquenio 1971-75. Dado que en el decenio 1961-70, según datos del último censo, el saldo migratorio exterior fue del orden de los 50.000 anuales, esta vía de ajuste representaría casi doblar la presión emigratoria. Pero no acaba ahí la cuestión: mucho más de la mitad de los nuevos activos habrán nacido después de 1955; no son esas las edades más propicias para la

emigración, pues suele ser a partir de cumplir el servicio militar cuando los futuros emigrantes se plantean seriamente la posibilidad de emigrar. Así, pues, la emigración, de buscarse, habrá de incidir no sobre los inactivos de 1970, sino sobre los ya activos en esa fecha; en definitiva, la emigración, sin entrar en otras consideraciones, seguirá representando —caso de darse— un drenaje deteriorador de la calidad de la fuerza de trabajo interior. Y todo ello, en el supuesto, optimista para el sistema, de que los otros mercados de fuerza de trabajo europeos se encuentren en condiciones de incorporar esa oferta suplementaria de la emigración.

Existe, obviamente, otra posible vía de ajuste, consistente en reducir las probabilidades de entrada, fundamentalmente la correspondiente al grupo 10-14 en 1970; ello significaría un retraso en la entrada, buscada forzosamente, a través de la escolaridad. El método, aparte de su posible eficacia para el sistema, podría resultar atractivo para los futuros trabajadores, siempre y cuando ese alargamiento de la escolaridad no recayese sobre sus economías domésticas. El procedimiento no eliminaría el problema, simplemente lo retrasaría, pues tarde o temprano esas generaciones se habrían de ver frente a la actividad.

Queda otra posibilidad: el aumento del paro. Tal como están las cosas, esta vía de ajuste no parece ser deseada ni por tirios ni por troyanos, pero que no sea deseada no quiere decir que carezca de probabilidades para presentarse. No conviene olvidar, finalmente, que la vía de la emigración puede provocar, de invertirse la tendencia, no un ajuste, sino un mayor desequilibrio en el mercado interior. Una crisis en Europa haría crecer forzosamente los retornos (no es necesario que la crisis sea generalizada). Hay que tener en cuenta que los españoles trabajan en Europa, sobre todo, en ciertos sectores productivos, precisamente los más expuestos a la coyuntura.

Los cálculos parecen desembocar en una conclusión posiblemente obvia, pero no exenta de significación: el proceso de producción español no asimila (ni ha asimilado nunca) la totalidad de fuerza de trabajo disponible, o, en otras palabras, la reproducción de la fuerza de trabajo se mantiene a un ritmo continuamente superior al de los medios de producción que el sistema pone a su alcance. ■ JOAQUÍN LEGUINA.